



María, Discípula y Misionera

Carta del Obispo - A inicios del Mes de María

El Señor, hizo en mí maravillas, Santo es mi Dios

(cf. Lc 1, 46-55)

Muy queridos hermanos(as)

1. Con gran confianza en el Señor, les escribo en estos días en que nos acercamos al fin de año. Estamos iniciando el Mes de María que evoca tantos recuerdos al alma de Chile. En esta ocasión quisiera invitarles a contemplar la obra de Dios en nosotros, durante este tiempo.
2. En el corazón de la Misión Continental en la que nos encontramos, está la expresión “discípulo-misionero”. Pero, de dónde nace el discípulo, sino de la contemplación de la obra de amor de Dios en la historia personal y comunitaria. Dios con mínimos medios realiza su obra eficazmente. La experiencia de ser salvado, es siempre misionera, porque el amor recibido tiende a comunicarse. La aceptación de su voluntad, permite que el discípulo vaya haciendo propia la obra de Dios, de manera que la misión se transforme en apostolado, es decir, que toda ocasión es propicia para contemplar a Dios y proclamar las maravillas del Señor.
3. María es la perfecta discípula siempre misionera, llena del Espíritu del Señor, proclama las maravillas que Dios ha hecho en la historia de su pueblo. Y que ahora ella misma es invitada a hacerse parte de esa gran procesión de hermanos a través de los cuales ha intervenido Dios salvando, sanando y acompañando la historia de su pueblo santo. María no habla de sus maravillas sino de las del Señor (cf. Lc 1, 46-55). Pues, alegrarse de la gracia de Dios es el destino sublime del hombre. Para eso nos ha creado el Señor, para contemplar y participar de su Reino de Amor. Ese es el gran contenido de la misión, hacer tomar conciencia que Dios sigue actuando, hoy como ayer, en los acontecimientos y en las personas concretas. María, la mujer orante, puede con toda certeza de fe, manifestar que Dios no abandona a su pueblo.
4. María ve y escucha a Dios, no sólo en las Escrituras sino también en los acontecimientos, en ellos contempla el Amor de Dios actuando en la vida concreta y por eso fortalece siempre la fe y la esperanza de sus hermanos. Ella convoca a la comunidad para que, escuchando la palabra: “Hagan todo lo que Él les diga” (cf. Jn 2, 5). María, mujer de la escucha atenta, se pone al servicio del plan de salvación de Dios, buscando hacer vida la Palabra que Dios dirige a su pueblo. Jesús es la Palabra que Dios nos ha dirigido.
5. Durante esta Misión Continental, hemos sido invitados a escuchar la palabra y contemplar a Dios actuando en medio de nosotros. En este año les he escrito tres Cartas y hemos trabajado la Palabra de Dios en diversas fichas donde valoramos cómo Dios nos ha hecho miembros de su pueblo santo por el bautismo. El ha suscitado entre nosotros carismas y ministerios diversos, nos ha hecho arder el corazón al explicamos las escrituras a la luz de los acontecimientos, nos ha invitado a tener los mismos sentimientos de Cristo, Palabra de Dios que se hizo carne y puso su morada entre nosotros.

6. La palabra de Dios que hemosorado, ha provocado en nosotros una reflexión sobre nuestras actitudes más profundas frente a Dios y a los hermanos. Y el Espíritu ha suscitado el sincero deseo de transformación en cada uno de nosotros, en la Iglesia y en el mundo. Como María nos hemos puesto a la escucha y al servicio de la Palabra, en esto está nuestra salvación y nuestro gozo. El Señor ha hecho maravillas en nosotros, Santo es su Nombre, de eso se trata la Misión Continental, compartir con los hermanos el Amor y la salvación de Dios.
7. La Palabra de Dios orada y contemplada, necesariamente nos lleva a la acción. El amor no puede quedarse sólo en discursos, por hermosos que sean. La Palabra nos ha sido dada para hacerla vida, esto implica una transformación, hacer la vida de otra forma, no ser obstáculo para que Dios intervenga en la historia, se trata de arriesgar la vida en las manos de Dios, pues sabemos que sus caminos son distintos a los caminos del hombre. Esto fue lo que hizo María, hizo vida la Palabra transformándose ella misma en discípula. Y esto es lo que se espera también hoy de la Iglesia. El sí de María a la Palabra trajo para nosotros la gran transformación a la vida nueva del Reino. Por eso ella es un atractivo modelo para todo discípulo.
8. En los momentos en que la Iglesia nace y los discípulos se reúnen en oración, ahí está María a la espera del Espíritu Santo vivificador, que transforma a los discípulos llenos de miedo, en valientes testigos del Señor muerto y resucitado. Al igual que María, la Iglesia fecundada por el Espíritu acompaña al hombre en su historia como madre de muchos hijos. Es esposa fecunda, es virgen fiel, alegre y servidora. La figura de María es hoy más que nunca un buen anuncio que viene a animar nuestra misión y nuestra vida de fe.
9. En el Bicentenario de la Patria, el gran reto de nuestra Iglesia está en hacer posible comunidades orantes al estilo del Magnificat, que celebran la salvación y que se hacen signo de una transformación social, donde desaparezcan las desigualdades entre los miembros de la comunidad y que la solidaridad y acogida de los más débiles sea una de sus principales tareas. Este es el principal regalo que podemos hacer al cumpleaños de nuestra Patria. Por eso, como Pastor de esta Iglesia diocesana, vuelvo a pedirles encarecidamente, que en esta Misión, “dejemos actuar a Dios” (cf. Carta Convocatoria de Agosto de 2008).
10. Al finalizar estas palabras, les deseo que María Santísima, la Madre de Jesús y Madre nuestra, modelo de servidora y discípula en la comunidad de la Iglesia, en comunión con todos los santos que han servido a Dios haciendo vida su Palabra, especialmente a San José, patrono y protector de nuestra diócesis; a Teresa de Los Andes; el Padre Alberto Hurtado y los beatos Laura Vicuña y Ceferino Namuncurá, confiamos nuestra tarea, y así ser, los discípulos-misioneros de Jesucristo para el mundo de hoy.

+ Padre Obispo Manuel Camilo

Temuco, noviembre de 2009

PARA CONTINUAR CON EL PROCESO DE REVISAR NUESTRA ACTITUD MISIONERA Y SENSIBILIZARNOS DE CARA A LA «MISION CONTINENTAL»

Les invitamos a reflexionar esta tercera Carta del Obispo para animar esta etapa de sensibilización en la Misión Continental.

Para ello nuevamente les sugerimos formar grupos de reflexión, aprovechando las instancias normales de nuestra pastoral. En lo posible que los grupos de reflexión no sean demasiado grandes, el ideal es de 8 a 12 personas máximo.

Para la reunión misma, procurar que todos los integrantes del grupo tengan un ejemplar de la CARTA, para que puedan trabajar sobre ella. Se puede fotocopiar el texto o bajarla de Internet.

SUGERENCIAS PARA TRABAJAR EN EL GRUPO:

- Iniciar el encuentro haciendo una oración dirigida al Espíritu Santo, pidiendo las gracias necesarias para que la reunión sea una experiencia de profundo encuentro con el Señor y de atenta escucha al llamado que Él nos hace.
- Enseguida hacer una lectura pausada de la CARTA en grupo y luego dejar unos 5 minutos para un trabajo personal. Cada uno subraya las frases que más le llamen la atención.
- Luego iniciar un tiempo de compartir, el cual puede ser motivado por quien está coordinando el encuentro, en base a la siguiente propuesta:

La CARTA de nuestro Pastor Diocesano, nos recuerda que el discípulo nace de la contemplación agradecida de la obra de Amor de Dios en él. Que eso es lo que hizo María, que ella no habla de sus maravillas sino de las del Señor. Y que la Palabra de Dios orada y contemplada, necesariamente nos lleva a la acción: ¿A qué nos llama concretamente nuestro Pastor en este tiempo que vive Chile? ¿Qué dice la CARTA? Señalemos frases textuales y reflexionemos juntos:

1. ¿En qué acontecimientos de la vida diaria, me está hablando el Señor? ¿He sentido la experiencia de ser salvado por Dios? ¿en qué se nota?
 2. ¿En qué aspectos de mi vida, o de la vida de la comunidad, se hace necesario una transformación de manera que no seamos obstáculo a la acción de Dios en la historia?
 3. ¿Qué acciones concretas deberemos realizar para asumir el reto de la Iglesia hoy, de cara a los nuevos tiempos?
- Al finalizar el encuentro: podemos concluir con una oración en que entre todos hagamos nuestro propio Magnificat, dando gracias por las maravillas que el Señor ha hecho en nuestra comunidad.
 - Al despedirnos podemos asumir el compromiso de continuar esta celebración en nuestros hogares, haciendo nuestra propia oración agradecida, porque el Señor ha hecho obras grandes en nosotros.
 - Podemos finalizar rezando un Padre nuestro y un Ave María, pidiendo la bendición del Señor y donde sea posible, entonando el Cántico de María.